

En estos recortes de diarios y revistas que  
conservo seguramente por una vanidad no  
bien explicable por mi manera de pensar,  
debo aclarar: que si algunos juicios los  
considero sinceros y me halagan como  
hombre y como artista, otros juicios en  
cambio me molestaron siempre porque el  
autor me macaneado en grande  
abusando de consideraciones y superlativos  
que no conciben absolutamente con mi  
obscura obra artística.

Fco. Cottiva Jirón

# Los cuadernos de Pío

UNA VOCACIÓN QUE NACE DEL RÍO



Pío Collivadino, 1890. Fotografía. Archivo MPC


M useo  
P ío  
C ollivadino



Universidad Nacional de Lomas de Zamora  
www.unlz.edu.ar

## MUSEO PÍO COLLIVADINO

Medrano 165, Banfield, Buenos Aires, Argentina.

 @MuseoPioCollivadino     @museopiocollivadino

SECRETARÍA DE EXTENSIÓN  
UNIVERSIDAD NACIONAL DE LOMAS DE ZAMORA  
MUSEO PÍO COLLIVADINO

Textos e idea  
Adriana Fiedczuk

Diseño gráfico  
Estefanía D. Nigoul

SECRETARÍA DE EXTENSIÓN  
UNIVERSIDAD NACIONAL DE LOMAS DE ZAMORA  
MUSEO PÍO COLLIVADINO

Queda prohibida su reproducción por cualquier  
medio de forma total o parcial sin la previa  
autorización del Museo Pío Collivadino

ISBN 978-987-3839-31-3

Hecho el depósito que previene la Ley 11.723  
Argentina

Fiedczuk, Adriana Silvana  
Una vocación que nace del río / Adriana Silvana Fiedczuk. - 1a ed. - Lomas de Zamora :  
Universidad Nacional de Lomas de Zamora ; Banfield : Museo Pío Collivadino, 2023.  
Libro digital, PDF - (Los cuadernos de Pío)

Archivo Digital: online  
ISBN 978-987-3839-31-3

1. Historia del Arte. 2. Biografías. 3. Arte Argentino. I. Título.  
CDD 730.982

ISBN 978-987-3839-31-3



# INTRODUCCIÓN

**Los archivos son  
necesarios en la  
sociedad porque  
promueven el  
conocimiento,  
custodian  
y preservan  
nuestra memoria.**

Los archivos son necesarios en la sociedad porque promueven el conocimiento, custodian y preservan nuestra memoria.

Cada archivo tiene un carácter único, que deja constancia de las actividades culturales y administrativas, siendo un fiel reflejo de la evolución de las sociedades. Los **archivos** custodian decisiones, actuaciones y memoria. Nos permiten contextualizar el objeto de estudio y así realizar un análisis más completo.

La colección “Los cuadernos de Pío” se propone presentar al lector documentos del archivo personal de Pío Collivadino en fascículos que abordaran diversas temáticas relacionadas con la vida y obra del pintor.

El artista tomó la decisión de llevar adelante en forma sistemática y selectiva esta recopilación de material documental demostrando una intencionalidad de dejar registrado todos aquellos sucesos que formaron parte

de su vida pública y privada. El material recopilado y organizado es muy valioso en cuanto cantidad y variedad de documentos: fotografías, correspondencia epistolar, bocetos, diplomas, afiches, catálogos y otros.

A través de su estudio se puede hacer un seguimiento de la evolución del artista pero también nos permite ver al ser humano, sus deseos, sus pensamientos, sus emociones, sus pasiones y su mirada particular en relación con su entorno y con sus contemporáneos. Marcando claramente el rumbo que tomó su carrera, con aciertos y sinsabores, la de convertirse en figura pública y por lo tanto amada por muchos y cuestionada por otros.

Es de gran interés ver plasmada la vida de este artista polifacético desde sus inicios hasta su consagración, no solo desde un punto de vista profesional sino también personal.

En este cuaderno “Una vocación que nace del río” compartimos documentos del archivo MPC que reflejan su primer contacto con el arte y la avidez que tenía por explorar distintas disciplinas artísticas. Los inicios de un artista plástico consagrado: Pío Collivadino, el pintor de Buenos Aires.

Adriana Fiedczuk

UNA VOCACIÓN  
QUE NACE  
DEL RÍO

**...creando  
espacios para la  
expresión libre,  
genuina y creativa.**



1



1- *La Vuelta de Rocha, calle Pedro de Mendoza entre  
Palos y Australia*  
Vista de la ribera en el Barrio de La Boca, 1900  
AGN

2



2- *ÁFRICA de la marina española y ARGENTINA estacionadas en el Riachuelo*  
Acuarela y témpera sobre papel, 1886. 13 x 21 cm  
Archivo MPC

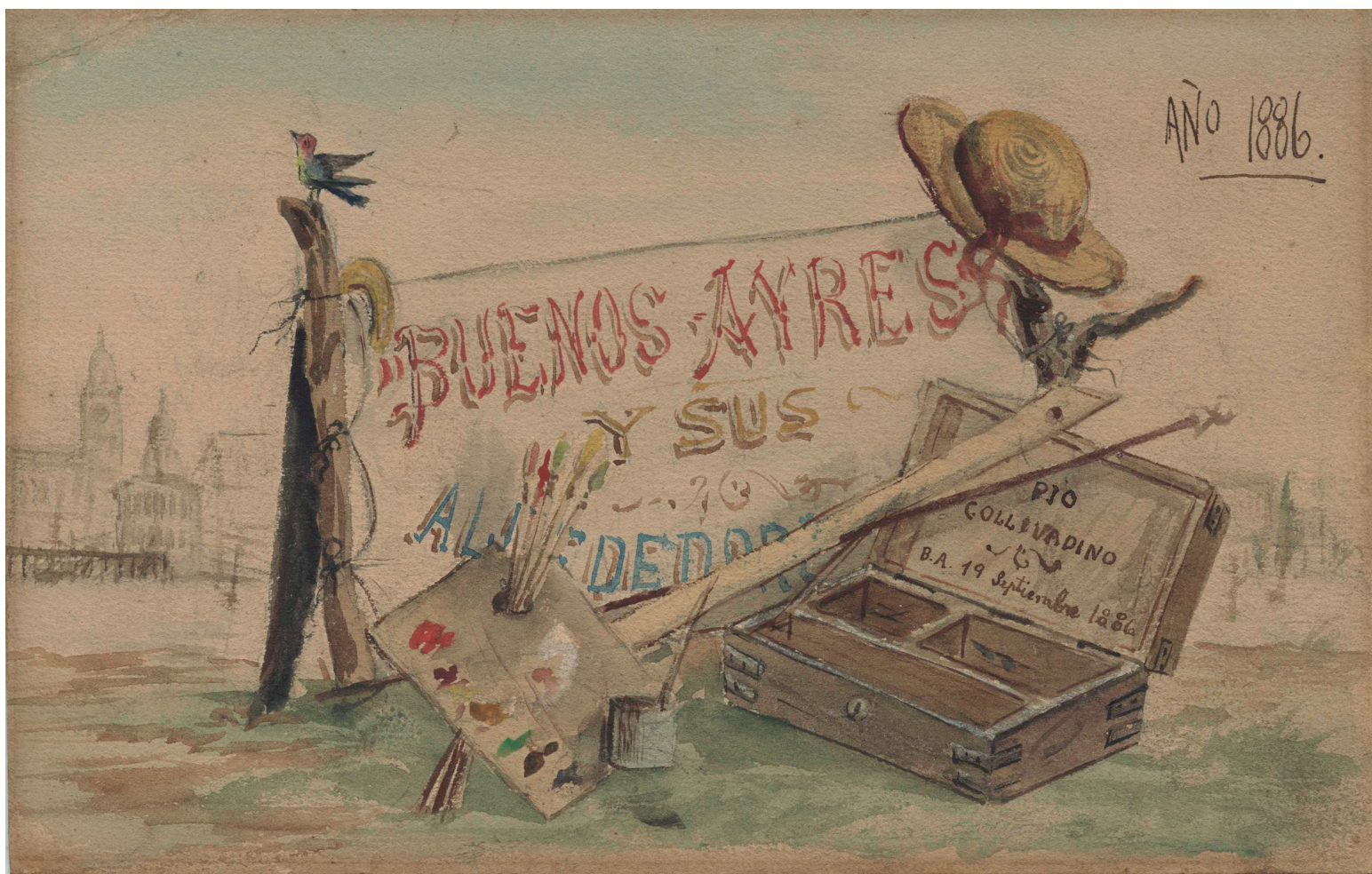


3- El Nuevo puente de Barracas

Fotografía, 1903

AGN

4



4-Buenos Aires y sus alrededores

Acuarela y témpera sobre papel, 1886. 13 x 21 cm

Portada de una serie de 11 impresiones de distintos puntos de la ciudad pintadas por P o Collivadino

Archivo MPC



5 y 6- PAZZINI, N *Luigi Collivadino y Rosa Nebbia*  
Díptico. Acuarela sobre papel, 1905. 13 x 27 cm. Padres de Pío Collivadino  
Archivo MPC

5

6



8



7



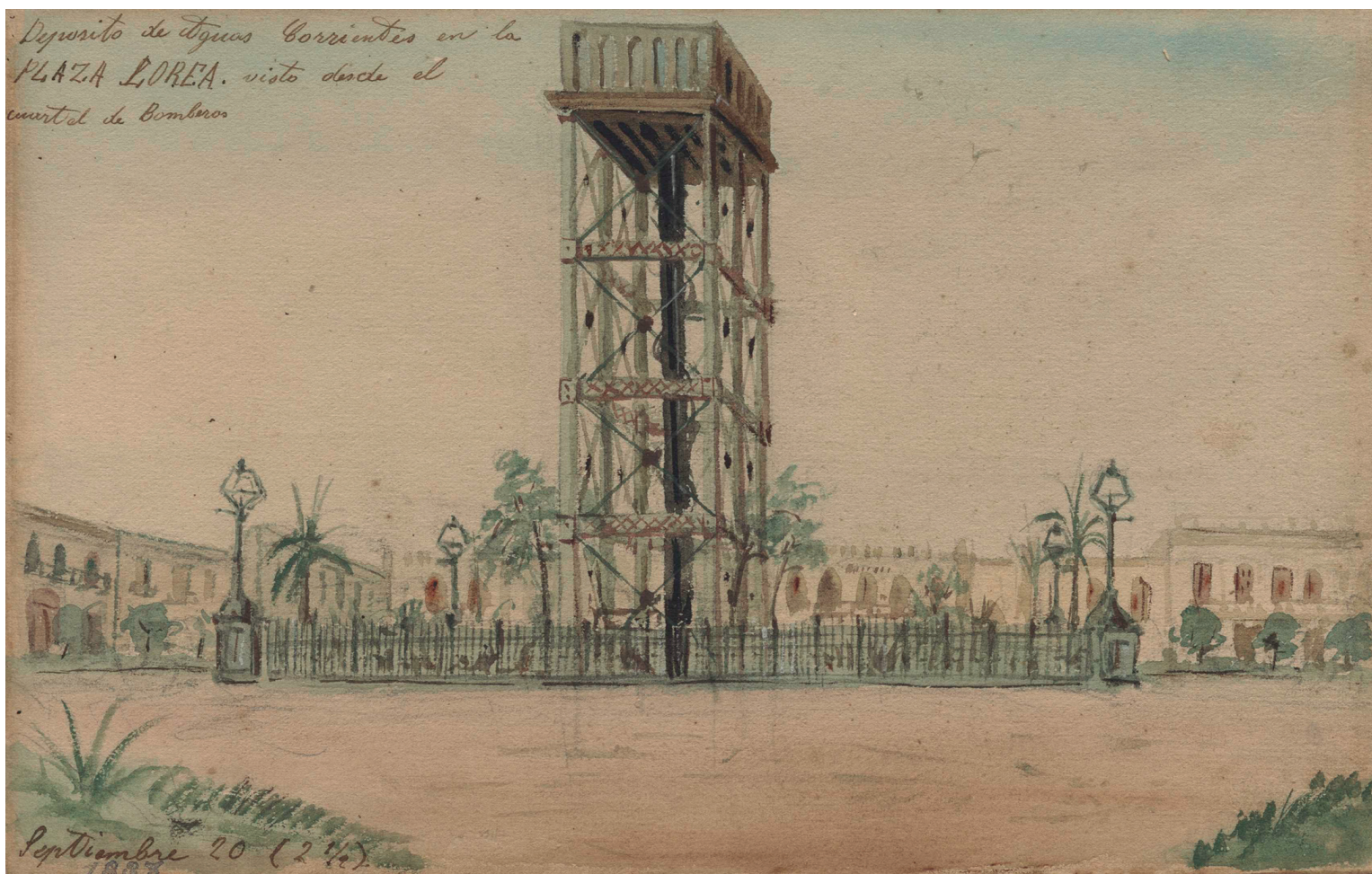
7-Pío Collivadino a los 7 años de edad  
Fotografía, 1876  
Archivo MPC

8-Pío Collivadino y sus hermanos mayores  
Carlos y Federico  
Fotografía, c. 1872  
Archivo MPC



9-Barracas  
Acuarela y témpera sobre papel, 1887  
13 x 21 cm  
Archivo MPC

10



10-Depósito de aguas corrientes en la Plaza Lorea, visto desde la Estación de Bomberos  
Acuarela y ténpera sobre papel, 1886. 13 x 21 cm  
Archivo MPC

11



11- El Muelle de Pasajeros copiado de un boceto realizado en septiembre de 1884  
Acuarela y témpera sobre papel, 1886. 13 x 21 cm  
Archivo MPC



“Un día quise ir al circo.  
Yo deliro con los circos.  
Los payasos me recuerdan a  
ciertos hombres  
muy graves, payasos  
en el fondo.  
Yo no tenía un cobre y,  
como dice Smiles, ¿fué  
Smiles o Gargantúa?, ‘que  
la voluntad lo hace todo’,  
fabriqué con lápiz y papel de  
estraza un hermoso billete  
de un peso. Por la noche lo  
cambié a una vendedora de  
caramelos, bastante miope.  
Fui al circo.”



Don Pío Collivadino  
pintando en su estudio.

DE  
FALSIFICADOR  
DE BILLETES  
A  
ARTISTA CONSAGRADO

UN estudio de pintor. Sesenta cuadros que multiplican luces, colores, perspectivas y ambientes. Un amplio sillón, tan nuevecito y sin “huellas humanas” que sugiere a “sotto voce” al intruso: “No se siente usted sobre mi lustroso cuero, porque mi dueño, don Pío, no puede atenderlo. Váyase.”

De tercios que somos, nos sentimos, haciendo crujir lamentablemente el grueso cuero.

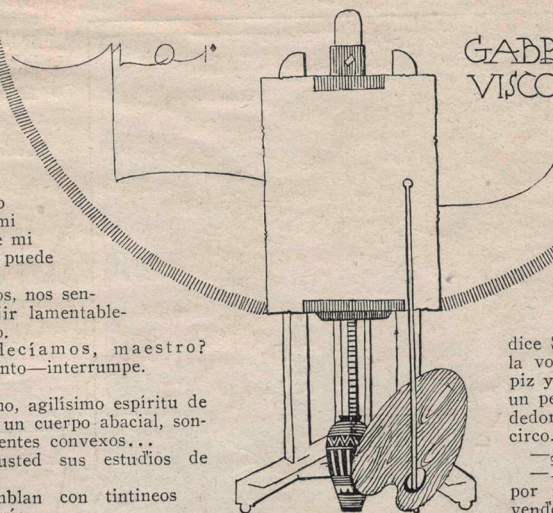
—Conque... ¿decíamos, maestro?

—Apeamos el tratamiento—interrumpe.

Don Pío Collivadino, agilísimo espíritu de artista agazapado en un cuerpo abacial, sonríe irónico tras los lentes convexos...

—¿Cómo inició usted sus estudios de dibujo?

Los cristales tiemblan con tintineos luminosos. El artista ríe.



GABRIEL  
VISCONTI

—Falsificando billetes de Banco—dice.  
—¡Maestro!  
—¡Apee!!...  
—Apeamos, pero... esas bromas...

—¡No es broma!

¡Qué va a serlo!

Sí, señor. Falsifiqué un billete de un peso. Tenía yo... doce años. Linda edad. ¡Juventud, divino tesoro!

Un día quise ir al circo.

Yo deliro con los circos. Los payasos me recuerdan a ciertos hombres muy graves, payasos en el fondo. Yo no tenía un cobre y, como dice Smiles, ¿fué Smiles o Gargantúa?, “que la voluntad lo hace todo”, fabriqué con lápiz y papel de estroza un hermoso billete de un peso. Por la noche, lo cambié a una vendedora de caramelos, bastante miope. Fui al circo.

—¿Algún remordimiento?

—Ninguno. ¿Por qué? Observe usted que por noventa centavos que me devolví la vendedora de dulces, le entregué mi primera

12-De falsificador de billetes a artista consagrado de Gabriel Visconti, c. 1927. Artículo en el que Collivadino narra al cronista varias anécdotas de su juventud  
Archivo MPC

“—¿Usted actor?...

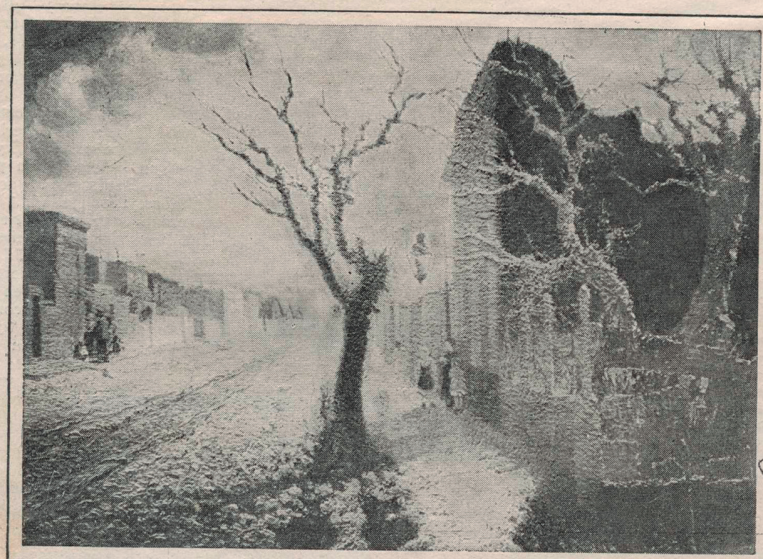
—Hombre, ¿por qué no? A los diez y seis años, con Guillermo Battaglia, que era más o menos de mi edad, formamos un teatro. ¿La sala? El patio de una casa. ¿Escenografía? La que creaban mis pinceladas audaces. ¿Atracción para el público imberbe? Una enorme higuera cargada de frutos, que adornaba el patio en cuestión. ¿Obras? ‘Los dos sargentos’ como caballito de batalla. ¿Valor de la entrada? Veinte centavos. ¿Ganancias? Dos pesos. ¿Duración? La que permitieran los dueños de casa.”



“Calle Perú”.



“Calle de la Boca”.



“Calle del suburbio”.

obra de arte... ¿No le parece que sali perdiendo?

—De perfecto acuerdo.

La castística del maestro nos deslumbra ¡Qué teólogo se ha perdido la Iglesia!

—Sigamos recordando, maestro.

—¡Y déle con lo de “maestro”! ¡Bendito hombre!... ¿Es que alguien es maestro de algo en la vida? Maestro... maestro... ¡Horrible palabra! ¡Lápida de la originalidad! ¡Féretro del talento! ¡Ciro funerario de los cadáveres que andan! ¿Ha observado usted qué trascendental me pongo? Es su aspecto, amigo cronista. Su cara sería. Su mirada sería. Su palabrita... ¡maestro! ¡Puff! Hay que abandonar las poses, reír, “carcajear” a ras de la vida que pasa... Pero, ¡¡riase, hombre!!

—Me siento tétrico, señor Collivadino.

—Lea a algún filósofo y se reirá. Es increíble el “humor” que gastan esos señores... Toman en serio lo grotesco de la humanidad... Son absurdos...

—De acuerdo... pero ni aun así reímos.

—Desdichado de usted, cronista. Yo he reído siempre. Mi alegría es fundamental. Por eso, cuando muchacho, mis carcajadas resonaban como tiros. A los diez y seis años fui actor. A los diez y siete, pintor relámpago. A los veinticinco, pintor de cuadros. A los treinta, más o menos, me nombraron director de la Academia: me mataron.

Escuchando su altisonante pirotecnia verbal, reímos al fin. En ese hombre de vigorosa madurez intelectual y física retoza un muchacho travieso y genial. Pocos han advertido en el gran artista, de sapiente seriedad profesional, su aspecto de humorista. Se lo decimos y hace un gesto.

—El humorismo de la frase, no el de la cultura, es la “pose” de quien desea singularizarse. No hablo del humorismo espontáneo, que es cosa noble y bella: gracia de Dios. La alegría, mi alegría, embellece mi vida. Diría, y usted perdone, que soy una tela empastada en luz...

—Oleo de Monet.

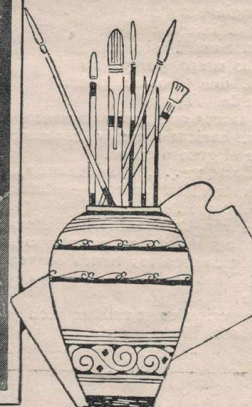
—Resplandeciente. La alegría de vivir desborda en mí impetuosamente. Todo lo supongo bueno y todo lo veo bello. La belleza, en sus manifestaciones nobles, y el amor, en sus aspectos puros, me atraen con vértigos de alucinación... Soy en realidad...

—El reverso de Hamlet.

—Dice usted bien: soy el reverso de Hamlet. Y eso, desde pequeño. Recuerdo cuando era actor en...

—¿Usted actor?...

—Hombre, ¿por qué no? A los diez y seis años, con Guillermo Battaglia, que era más o menos de mi edad, formamos un teatro. ¿La sala? El patio de una casa.



¿Escenografía? La que creaban mis pascuadas audaces. ¿Atracción para el público imberbe? Una enorme higuera cargada de frutos, que adornaba el patio en cuestión. ¿Obras? "Los dos sargentos" como cabalito de batalla. ¿Valor de la entrada? Veinte centavos. ¿Ganancias? Dos pesos. ¿Duración? La que permitieran los dueños de casa. Y ya me ve usted... ¡el actor que se ha perdido la escena nacional!

—¿Y aquello de "pintor relámpago"?  
—¡Ah, sí! Fue en el teatro Golloni, hoy Liceo. Luego en el viejo circo "Pereira". Actuaba yo vestido de payaso. Decía el "regisseur": "Señores: el artista pintor inglés, sir Howe, pintará un cuadro relámpago: el del excelentísimo señor presidente Juárez Celman". Inmediatamente, yo realizaba la obra. Aplausos a granel... Triunfos... ¡Oh tiempos aquellos!

—¿Los extraña?

—Los recuerdo con alegría un poco emocionada. Tiempos de bohemia bulliciosa e intrascendente. Luego, en Roma, las cosas cambiaron. El arte me sustrajo a toda distracción. Sin embargo...

—Aquí la anécdota.

—Efectivamente. Y es que mi vida es una gran anécdota que se desarrolla por etapas. Yo era pobre. Tenía un amigo noble y riquísimo. Una tarde, como tantas, voy a visitarlo. "No está", me dice el portero. Protesto. "¡Esta! ¡Deme paso!" "El señor no está", repeta el criado imperturbable. Me fui. Sabía que su amo estaba. Me juré entonces que habría de responderle en igual forma el día que se presentara en mi bohordilla. Llegó ese día. Golpeo a mi puerta. Miro con precaución: era él. Me coloco entonces una magnífica cartera patillada de criado inglés, que tenía para una fiesta, me ciño un lienzo blanco a manera de delantal, abro la puerta y pregunto: "¿Qué deseaba el señor?" Mi amigo se asombró un tanto de tan hipócrita criado, pero, como había poca luz... "¿Está el señor Collivadino?" "Mi amo no está", repuse gravemente y cerré la puerta, dejando adentro al visitante. Entonces corrió por los círculos artísticos de Roma la especie de que el pintor Collivadino tenía un sirviente inglés... ¡Hasta varios me le hicieron!... Era fantástico...

Ríe, haciendo vibrar sus careajadas por sobre los lienzos graves y los rostros de otros siglos, máscaras y pinturas que parecen asomarse, escapando de la tela, para que camuflea el irreverente perturbador de sus silencios...

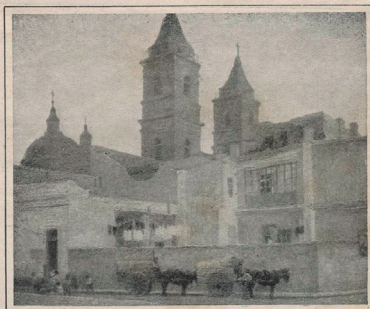
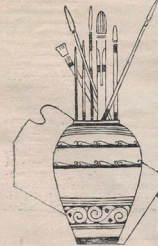
—¿Qué emoción le causó la venta de su primer cuadro?—interrogamos de improviso.

—La misma que me causa su pregunta.

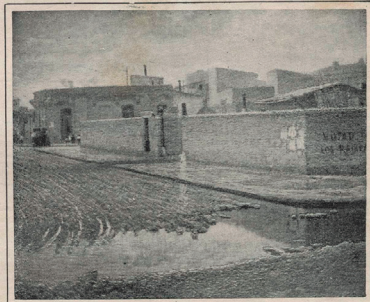
—¿Sorpresa?

—Exactamente. Y aún

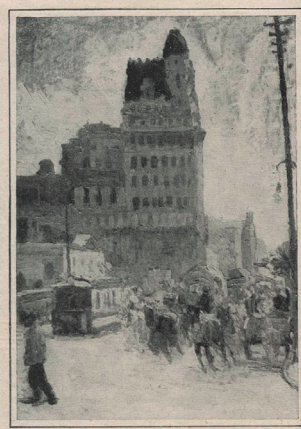
"En el puerto"



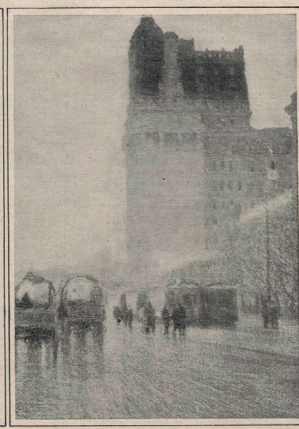
"Recuerdo colonial"



"Después del chubasco"



"Paseo Colón"



"Efectos de lluvia"

do: susto. Parecíame imposible que una obra mía fuera buena. Maxime cuando la premiaron en la Exposición Internacional de Venecia.

—¿Nombre de la obra?

—"Vida honesta", actualmente en un museo italiano.

—¿Precio?

—Mil ochocientas... liras. Mi primer precio.

—Y el último? Quizá haya alcanzado a varios miles...

—Los dos últimos, siete mil y diez mil.

Este, por concurso.

—Halagador es.

—Puch... El dinero sólo vale por su significado.

Acumularlo es tontería. Ser avaro por el placer de poseerlo es estupidéz...

No cambio por dinero ninguna emoción bella de mi vida.

—La emoción también es un valor.

—Es "el valor".

Ya no ríe. Es tan árido el tema que no logra arrancarle una sonrisa.

—¿Cuántos años hace que dirige usted la Academia?

—Casi veinte. Por cierto que no pedí tal nombramiento.

Una mañana retocaba unos lienzos en mi estudio, cuando llega un hermano y me grita alborozado:

"—¡Pío... Pío.



"Grabando una plancha al agua-fuente"

—¿Asombrado! En el diario aparece tu nombramiento de director de la Academia.

"Quedé mudo: era catastrófico. A los dos minutos pude hablar y exclamé, con la desolación más sincera:

"—Me han... embromado."

Y es así. El pájaro loco que aleteaba en su espíritu debió plegar las alas. Mucho de ese esplendor juvenil que ilumina su obra de los seis lustros amarrigués en

grises maestros, formidables, pero al fin grises...

Las careajadas sanas y nobles del hombre fueron ahogadas tras el gesto adusto del director.

Por ello, aun hoy, cuando entra a su casa, lanza un hondo suspiro de alivio y a veces una detonante careajada...

Y es que sacude de sus hombros la capa negra del "maestro" y recupera el derecho a ser como es, con la naturalidad de agua clara que corre...

Su risa es un himno vigoroso de optimismo, es como una canción de adolescencia.

Es indudablemente un espectáculo reconfortante la sana alegría que fluye de él, espontáneamente, como el chorro de una fuente. Uno se siente alegre también ante su jovial espíritu. Aprendámos a reír como Collivadino.

13, 14 y 15-De falsificador de billetes a artista consagrado de Gabriel Visconti, c. 1927. Artículo en el que Collivadino narra al cronista varias anécdotas de su juventud. Archivo MPC

16



16- *Casa de la calle Chile*

Óleo sobre cartón piedra, 1886. 16 x 22 cm

Pío pintó la casa particular ubicada en la calle Chile 589

entre San José y Lorea, a la que se mudó la familia en el año 1881. MPC



“Así la visión retenida mecánicamente por la sensibilidad natural, sólo fijaría una imagen puramente objetiva en el campo cerebral. Pero sus ojos no sólo ven, sienten profundamente que la belleza del color, se hunde en la riqueza virgen y potencial de su mundo interior [...]”



## LA BOCA INSPIRA EN SUS COMIENZOS A PIO COLLIVADINO, EL PINTOR DE BUENOS AIRES

POR NENÉ DEVOY

Ser artista, es privilegio de cuna, interpretar su obra halago del espíritu.

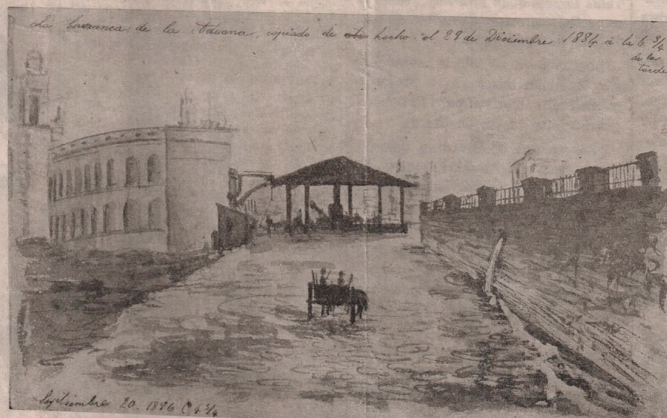
La belleza ideal captada por el artista del mundo objetivo, no es ficticia ni convencional. No es una moda impuesta por la vejeidad hu-

Expresar lo bello, es poseer una facultad inmanente, don de que no nacen dotados todos los seres humanos. Para ser artista, es indispensable una virtud congénita, el sentido estético. Sin esta preciosa aptitud la obra de arte no se produce.

La concepción ideológica del artista, pareciera tener su origen en el plano mágico de lo infinito. De ahí que todo lo real y positivo lo transmute y lo ennoblezca.

Un fulgor de belleza suprasensible lo transfigura. Es que el artista enfoca su proyección a través del purísimo cristal de su alma. Y en virtud de ese radioso efecto de reflejos, la sensación estética del objeto externo, borda en la excelsa magnitud de su mundo interior, maravillosas filigranas. Cediendo luego al impulso del lampo genial, el artista lo trasunta en la tela y en la armónica concepción de la forma y el color, deja que la potencia exuberante de su propia exaltación, quede cautiva en el trazo.

Pio Collivadino, siente los primeros aleteos de esa fuerza, cuando el bozo incipiente sombrea ligeramente su labio superior. Truncas accidentalmente sus aspiraciones de estudiante universitario, en-



teresa por todo aquello que en alguna forma tiende a nutrir su sentido estético en gestación. En tanto su padre ajusta hábilmente los paneles de un zócalo finamente tallado, se arroba extasiado ante la labor que ejecuta el maestro pintor de interiores.

El elegante florón de yeso, centro de riguroso estilo, aun en los cielorrasos más modestos, se tiñe de rubor al contacto del pincel artista. A medida que sus pétalos anémicos se bañan de color y que la flor va adquiriendo vida, Collivadino, casi pegado a los pies del pintor, encaramado en los últimos peldaños de una larga y angosta escalera, sigue embebecido la mágica mutación.

Así la visión retenida mecánicamente por la sensibilidad natural, sólo fijaría una imagen puramente objetiva en el campo cerebral. Pero sus ojos no sólo ven, sienten profundamente que la belleza del color, se hunde en la riqueza virgen y potencial de su mundo interior, que rasga impudicamente el sellado táctico de origen estelar, íntima esencia de su concepción espiritual y que al rayo de luz despier-ta la primera vibración estética.

Rematada la labor de ese día, de vuelta al hogar, confía a su madre su íntimo deseo de pintar como el maestro. Recordador. Respetuoso del deber, no puede decidir por su cuenta sin contar con el asenso de sus padres. Y empieza por diluir el in-

tento define el cauce de su vida manipulando rumbos, aporta en el hogar su pequeña contribución material, cargando con las herramientas de

carpintero de su padre, un humilde lombardo de recia textura moral.

Ya por entonces las artes manuales le atraen particularmente. Se in-

“La Boca del Riachuelo le ofrece magníficos motivos. Instalado en el tranvía a caballo que corre por Brown, médula y eje de esa pintoresca y típica barriada, toca a término su viaje frente al embarcadero de los botes. La isla Demarchi le atre por la verde esplendidez de su flora virgen y cruza el río. Con prisa, temiendo perder detalle, costea el muelle que limita la entrada de la isla, y gana la orilla que la marea había dejado en descubierto.”

17 y 18-La Boca inspira en sus comienzos a Pío Collivadino, el pintor de Buenos Aires, de Nené Devoy en Balilla L'Organetto di Zenich, Septiembre- Octubre 1944. Artículo donde la autora detalla los inicios de Collivadino como pintor.

Archivo MPC

terrogante que asoma a los ojos de su madre, refiriéndole la impresión singular de aquella transformación. Y de la ingenuidad reflexiva del relato, se desprende tal pureza de sentimiento por lo bello, que la madre “sintiendo” al hijo, aventura una respuesta.

“Sabes?... Es un secreto que sólo conocen los pintores...”

¡Cuanta límpida frescura en el texto admirativo de la expresión! ¡Qué profunda simplicidad en la síntesis!... Pero: que humana comprensión la de esa mujer humilde que ofrece al hijo el purísimo cristal de su alma para que lea en él, el secreto de su otro “yo”, tal como revelan los remansos el íntimo azul y plata de su pedazo de cielo.

#### LA PREDESTINACION PATERNA

Dos días después Collivadino, inicia su aprendizaje de pintor moliendo azul de Prusia al aceite, y el futuro artista, corona el primer gran día de su noviciado, magistralmente “teñido” de azul.

Mucho tiempo después, ya consagrado, el exquisito pintor de Buenos Aires, halla entre sus caros recuerdos, la vieja tapa de un libro “Mayor” de la “Carpintería del Ancla” que había pertenecido a su padre. Es una cubierta deslucida, opaca, de bordes y cantos gastados, cuya existencia le sorprende por considerar que su protectora finalidad había expirado honradamente al desintegrarse. Tomada y vuelta varias veces entre sus manos, no justifica aun la necesidad de imponerse un lugar de privilegio entre sus cosas amadas. Pero su profundo sentido de observación intuye una razón de lógica y le aconseja analizar el mundo frío de los números y nombres aislados, que cubren holgadamente el envés de la vieja cubierta. Así logra descubrir, cerca de un canto, los trazos inconfundibles de su padre.

“Pío Collivadino empezó a trazar de pintor el 14 de Noviembre del 1882”.

Tocado tan de cerca por la sensible radiación de amor que esas sencillísimas palabras le transmiten, siente que la simbólica frase ciñe su corazón con el mismo ritmo emocional con que su padre sellara en forma tan simple el destino del hijo. Si el tiempo había logrado empalidecer el color del rasgo, en cambio el oro íntimo de su estructura señalaba inalterable el punto inicial de una órbita que debía fijar una estrella en el infinito ideológico del arte.

El año 86 sorprende a Collivadino en franca comunidad con el pincel. Timidamente, como el pájaro que ensaya medroso los giros cortos de su primer vuelo, adquiere una humilde cajita de ocho colores y pinta sus primeras acuarelas.

La Boca del Riachuelo le ofrece magníficos motivos. Instalado en el tranvía a caballo que corre por

Brown, médula y eje de esa pintoresca y típica barriada, toca a término su viaje frente al embarcadero de los botes. La isla Demarchi le atrae por la verde esplendidez de su flora virgen y cruza el río. Con prisa, temiendo perder detalle, costea el muelle que limita la entrada de la isla, y gana la orilla que la marea había dejado en descubierto.

Un minuto después, con sus precarios elementos—ocho pastillas duras que se resisten heroicamente a la paciente ablandadura del agua, seriamente estiradas en su livianísimo ataúd de madera y un pincel de juguete—embellece la primera página de un álbum barato.

#### CUATRO ACUARELAS EN UN DIA

Collivadino desconoce la técnica del dibujo y el secreto de la perspectiva. No cuenta siquiera con la directiva ponderable de un consejero. Es el artista “raso”, el adolescente hambriento de motivos enfocados con avidez por su propio sentido estético; es el lírico captador de la vibración externa; el pintor-poeta que siente la proyección virgen de su magnífica concepción y que logra transmutar el mismo día—19 de Setiembre de 1886—con cuatro primeros ensayos.

Cuatro acuarelas que en un sólo día importan de suyo una producción febril, de eclosión, de lozanía artística...

De la plasmación estética del paisaje frente al río; de la nítida estructuración de la iglesia de Santa Felicitas tomada desde Brown, a quince cuadras de distancia; de la complicada trabazón de palos y cordeles de “Africa” y la “Argentina”, de la severa comba arquitectónica de la vieja Aduana y de todas las acuarelas del viejo Buenos Aires, documentación de inestimable valor histórico, se desprende una saturación tal de frescura mañanera, que las acuarelas impresionan aun hoy, como la superficie serena y cristalina de una fuente de agua pura.

Mas la Boca no sólo le invita pintar. También busca en su pintoresca urdimbre, motivos para la escenografía de su teatro de títeres.

¿Sospecharía Collivadino que un día pasaría del humilde teatro de “marionetas” a montar la escenografía del Teatro Colón?

¿Que con la misma modesta pretensión con que anima sus espectáculos en la intimidad del hogar, fijaría después su prodigiosa riqueza de color en el escenario lírico de nuestro primer Coliseo?

El pintor adolescente sólo siente que dentro de sí hay rumor de alas. Alas que han forzado en sólo horas cuatro vuelos cortos, tímidos, ingenuos... Alas que afirmarán en la plenitud infinita del Arte la órbita estelar que predestinara humildemente el secreto amor paterno, en la simbólica textura de una frase.

## L'affondamento del Biguá

### Cinque salvati da un marinaio figure - La Boca in lutto

Rievociamo, con dolore, la terribile tragedia della nave peschereccia Biguá, affondata recentemente nelle acque del Rio de la Plata insieme ad undici dei suoi marinai, per mettere in rilievo un atto di coraggio, non pubblicato dalla stampa, compiuto dal marinaio Vedeo Marco, di Varenza, operaio carpentiere dell'ex vapore italiano “Gianfranco”, imbarcato a bordo della nave ricupero “Angélica” che si trovava ancorata a circa due miglia dalla nave “Biguá” al momento del naufragio, avvenuto, com'è noto, in seguito ad una collisione avuta col vapore da carico “Santos Cosme y Damián”.



Il marinaio Vedeo Marco

Da bordo dell'“Angélica” il marinaio Vedeo Marco aveva fortunatamente avvistato tra la nebbia, la mattina del sinistro, verso le ore 6, la nave “Biguá” che stava per affondare, e dopo averne avvisato il capitano Francesco Castagnola, di Rivarigo, direttore dei lavori di ricupero, l'“Angélica” lasciava l'ancoraggio per avvicinarsi il più possibile alla nave pericolante al cui albero maestro stavano aggrappati seminudi, feriti ed invocanti disperatamente soccorso, cinque marinai dell'equipaggio.

Visto l'imminenza del pericolo il capitano dava ordini di ammainare la barca di salvataggio dove presero imbarco Vedeo Marco e due marinai. Non essendovi a bordo nessun ufficiale superiore, Vedeo Marco si è assunto la responsabilità della manovra, che per il mare burrascoso si presentava particolarmente difficile, riuscendo a salvare i cinque naufraghi pochi minuti prima che il “Biguá” affondasse completamente.

Con grande soddisfazione Vedeo Marco ci ha riferito l'emozionante particolare di avere riconosciuto tra i naufraghi del “Biguá”, nel momento più drammatico del salvataggio, un suo compagno dell'equipaggio del vapore “Gianfranco”, e precisamente il fuochista Donato Annesi. Al sentir gridare dal compagno: Marco, Marco, salvami! il coraggioso marinaio ha raddoppiato le sue energie riuscendo a salvare la vita al compagno al quale rimarrà legato d'ora innanzi con affetto fraterno per tutta la vita.

Tra i cinque salvati c'era il capitano della nave “Biguá”, un fuochista, il secondo macchinista, tedesco, e un altro marinaio. Alle ore 8.45 i naufraghi erano sbarcati nel porto di La Plata e consegnati alla Prefettura Marittima di quella città.

Appena giunto a Buenos Aires il marinaio Vedeo Marco, che ha fatto onore alla stirpe marinara del genovese, è stato festeggiato dai suoi compagni e siamo sicuri che il suo gesto di solidarietà sarà preso in considerazione dalle autorità della Prefettura Generale Marittima di Buenos Aires.

Il tragico avvenimento che ha colpito profondamente la famiglia marinara argentina gettando nel lutto parecchie famiglie residenti alla Boca è stato commemorato dalla Direzione della Flotta Mercantile dello Stato con un funerale, in omaggio

alla memoria degli scomparsi, che è stato celebrato nella chiesa di San Giovanni Evangelista.

Nel più profondo dolore la Città Marina di La Boca ha partecipato, compatta, al funerale al quale erano presenti le alte autorità della Flotta Mercantile dello Stato, leomandanti delle navi argentine che si trovavano ormeggiate nel porto, accompagnati da un folto gruppo di ufficiali di stato maggiore, sott'ufficiali e marinai.

Era presente il Comandante Italo Pellizzotti, in rappresentanza dei Marinai delle ex navi italiane, accompagnato da ufficiali e marinai italiani, nonché da due marinai dell'equipaggio dell'ex “Gianfranco”, dal fuochista Donato Annesi facente parte del piccolo nucleo che il destino lo volle strappare alla morte e dal carpentiere Vedeo Marco uno dei tre coraggiosi che, con slancio cameratesco, salvò i cinque marinai aggrappati all'albero del peschereccio affondato.

Il “Vicario General de la Armada, Rev. P. Dillon”, durante la mestissima cerimonia, con elevate parole di conforto e di fede, si è rivolto ai parenti dei marinai scomparsi, alla famiglia marinara presente ed assente, elogiando le doti del marinaio che nel silenzio sconfinato del mare, sempre in lotta con le onde, rassicurò in se quella Fede in Dio che è la sua forza morale e spirituale.

Ha pure esaltato il Marinaio che, conscio della missione ch'egli compie per il benessere della sua Patria, per il suo progresso, per la sua indipendenza economica e commerciale, per farla insomma più libera e più grande sa sopportare la più grande privazione e sofferenze e se occorre fare anche olocausto della sua vita.

Dopo il rituale benedizione del tumulo, nel mesto silenzio i cuori dei marinai, riversero a Dio una prece per i camerati tragicamente scomparsi.

Alle famiglie colpite dalla terribile tragedia, ed alla famiglia marinara Argentina, il “Balilla”, porge le più sentite condoglianze.

## SUS PIELES SE APOLLARAN

SI NO LAS GUARDA EN UNA CASA ACREDITADA Y TECNICA COMO LE

GARANTIZA



PELETERIA ORLANDINI  
CALE SUIPACHA 146

U. T. 35-1831 y 7726

Num.	TITULO	AUTORE	EDITORE	OSSERVAZIONI
-	<u>BILLETE DE UN PESO ANTIGUO.</u>		Equivale.	
	<p>EL AÑO 1882 empecé el estudio del Dibujo, en la Società Nazionale Italiana, Calle Alina entre San José y Lorea - Las clases eran nocturnas y el maestro era el pintor decorador Luis Luzzi.</p>			<p>de + o - a 20 centavos antiguos? Los copiaba a lápiz sobre papel de estraza y luego los memoraba para darle el carácter de usados - En los horas repuntales se los ..... enseñaba ... a los vendedores ambulantes de maritas - Como tenían siempre dudas me daban siempre la mitad de mercadería, así es que nos estábamos recíprocamente! Mi padre llegó a saber mi traversura, me retó de tal manera, que el falsificador que había en mi despacho' completamente - Año 1882. (Plaza Concepción) Calle Independencia al N. 365 (Vista memoración)</p>
	<p>EL 14 de NOVIEMBRE DE 1882 empecé a trabajar de pintor con el pintor decorador Luis Luzzi Este dato lo apuntó mi padre en el reverso de una tapa de un libro mayor. Empecé a trabajar de pintor el 14 de Noviembre de 1882.</p>			
-	<u>COPIAS AMPLIADAS DE TAPAS DE CASAS DE FOSFOROS</u>			<p>= 1882 - Gran litografías muy bonitas y representaban ilustraciones de novelas en voga: Los Tres Mosqueteros, Nani de Zola - Vida de Garibaldi etc. Yo las ampliaba y las coloreaba con colores a la acuarela de la mas ínfima calidad. Lamento no conservar ninguna. Todas fueron regaladas a los vecinos del conventillo, que a su vez es probable que por lo intermedio (Plaza Concepción) Calle Independencia al N. 365 - Vista memoración</p>
-	<p><u>ACUARELAS PRIMITIVAS, pintadas en un Africa de la marina Española y la Argentina La Barranca de la Adversidad - La Iglesia de Santa Felicitá - Paisajes de Barracas y Palermo.</u></p>			<p>pagano Allison en el año 1886 - 1887 ediciones en el Riachuelo - Entrada al Riachuelo por el Recreo. "Orillas del Plata pasando el Riachuelo - El Panorama de la Defensa de Roma - El Abuelo de Papajeros. - Depósito de las Aguas corrientes a la Plaza Lorea.</p>

“El 14 de noviembre de 1882 empecé a trabajar de pintor con el pintor decorador Luis Luzzi. Este dato lo apuntó mi padre en el reverso de una tapa de un libro mayor.”





*Don Pío dijo:*—Fué esta tarde en la Boca—añadió,—requerido por los presentes. Me había propuesto hacer una impresión portuaria, y allí me encontré con “mi” pintor. Es un muchacho joven, un obrero.

Se hallaba ocupado en manchar un lienzo de considerables dimensiones. Procedía con ímpetu vehemente, sin vacilar, como quien no teme equivocarse. Aquello era un espectáculo. Le interrogué. No lo conoce nadie. Aprendió sin ayuda de maestros.

Y como alguien insistiera en conocer mayores detalles, Collivadino concluyó:—Hay que verle: es un temperamento.”

—En la buena amistad que me profesó Collivadino, hallé un gran estímulo, declara el joven pintor. Y así es en efecto.”

—Es mi ambiente —dice— Estoy identificado con todas las modalidades. ¿Ve usted aquellos hombres que descargan carbón? Yo también lo hice. Yo también descargué carbón de los barcos anclados en la Boca del Riachuelo.”

Una noche—luzca da esto algunos años—llegó Collivadino a la Academia de Bellas Artes, y dijo que había descubierto un pintor. El tono de sus palabras, el gesto expresivo y el ademán complementario despertaron vivo interés en los oyentes. Collivadino no fué nunca el hombre de los entusiasmos fáciles. Es prudente y discreto. Un elogio, suyo, para quienes lo conocen, importa siempre un acto de justicia.

Es, también, uno de los dos o tres artistas mejor disciplinados del país. A este respecto no hay divergencias de opiniones entre los comprensivos y aptos a valorar su firme disciplina.

—Fué esta tarde en la Boca—añadió,—requerido por los presentes. Me había propuesto hacer una impresión portuaria, y allí me encontré con “mi” pintor. Es un muchacho joven, un obrero. Se hallaba ocupado en manchar un lienzo de considerables dimensiones. Procedía con ímpetu vehemente, sin vacilar, como quien no teme equivocarse. Aquello era un espectáculo. Le interrogué. No lo conoce nadie. Aprendió sin ayuda de maestros.

Y como alguien insistiera en conocer mayores detalles, Collivadino concluyó:—Hay que verle: es un temperamento.”

El artista aludido, huelga indicarlo, era Benito Quinquela Martín.

Este episodio dice mucho en favor de ambos pintores: pues el en una revela cualidades positivas, en el otro define una penetración sagaz, doblemente significativa, en quien está llamado a ejercerla por la altura de su propio ministerio. Existe, además, una circunstancia digna de anotarse: Quinquela, artista libérrimo, fué conocido por la Academia.

—En la buena amistad que me profesó Collivadino, hallé un gran estímulo, declara el joven pintor. Y así es en efecto.”

A mi vez quise conocerlo y lo busqué.

Visto en su propio ambiente, la sorpresa es mayor y también más justificada.

Tanto como su obra, por las condiciones en que se produce, más aún, abraza su propia vida. Habla, a un tiempo, de vocación y de heroísmo, y evoca también una oscura tragedia abismada en el misterio... La refiere Quinquela con una sencillez conmovedora. Nos hallamos en su taller, amplio y clarísimo. Cuelgan de los muros lienzos de todas dimensiones. En el suelo, junto al zócalo, apoyados a las paredes, se amontonan otros cuadros, unos sobre los otros, pues el espacio sería limitado para cotenerlos a todos dispuestos en orden sucesivo. Reproducen episodios distintos de una misma acción: la vida portuaria en su multiplicidad febril, tumultuosa, abigarrada.

Un ventanal, abierto sobre el Riachuelo, se dejó un cuadro más en el conjunto, como si éste se prolongara fuera del taller.

Quinquela Martín, fija los ojos en él y mira la vibración soleada que se quiebra en las mil formas cambiantes del puerto, y luego vuelve la mirada hacia sus lienzos, como quien anhela ratificar correlaciones y equivalencias.

Es alto, nervioso, enjuto. Sus manos inquietas describen en el vacío formas que no acierta a definir con la palabra.

Pero no es tímido: el ademán es resuelto. Su tono es afirmativo.

—¿Mi vida?—responde interrogado a su vez. —Respecto a su origen la circuleo y circuleo una versión...

—Es exacta, soy lo que se ha dado en llamar un hijo del amor. Mis padres adoptivos me recogieron en la casa de huérfanos. Necesitaban un chico para cuidar su pequeño comercio de carbonería. Costaba yo siete años. A los nueve comencé mi tarea de repartidor. Según iba yo creciendo, aumentaba el tamaño de la bolsa. Esto duró hasta los veintidós años.

Se interrumpió, mira hacia el ventanal inundado de luz, y tras una pausa añade:

—He aprendido a pintar sin darme cuenta. En cambio, el aprender a leer y escribir me costó esfuerzos torturadores. Sólo pude llegar al segundo grado.

—¿Cómo se hizo usted pintor?

—Nunca pude contestar a esa pregunta. No sé. A veces trato de precisar etapas, con el propósito de rehacer el proceso de mi breve carre-

## El pintor BENITO QUINQUELA MARTÍN por José Leon Pagano



Quinquela Martín en su estudio.



El artista disponiéndose a tomar apuntes en su paraje favorito, el Riachuelo.

Sigue un largo silencio. En estos momentos viaja rumbo a Europa. Va a Madrid en carácter de canceller. Como credenciales lleva una veintena de cuadros, esos que ha exhibido en su propio estudio. Es un ejemplo.

El Hogar

12 Enero 1923

ra, pero no lo consigo. Evoca recuerdos, detalles, indica circunstancias, y de todo eso se desprende una sola cosa: que es un intuitivo dotado de intuiciones perfectamente definidas.

Existía en la Boca una academia nocturna de música, en la cual también funcionaba una clase de dibujo dos veces por semana. Allí se inició Quinquela Martín. Como en todos los establecimientos de educación artística de la época, el dibujo elemental recaía en aquella academia a copiar estampas, mal elegidas casi siempre. Poco después comenzó Quinquela a dibujar retratos para la gente sencilla del barrio, y logró de ese modo los primeros éxitos y las primeras ganancias de su arte. Pero ni estos halagaban su amor propio, ni colmaban sus aspiraciones aquellas. Algo muy diferente bulla en su espíritu. Era la violencia del color acumulado en disonancias multiformes y eran asimismo espantosos recios de un trágico fúero en los cuales funcionaban y se confundían y rivalizan la máquina, el hombre y la bestia. Quinquela vió eso como nadie entre nosotros, y lo expresó con brava energía. Sus temas están allí en el fragor resonante de la vida portuaria.

—Es mi ambiente—dice—Estoy identificado con todas sus modalidades. ¿Ve usted aquellos hombres que descargan carbón? Yo también lo hice. Yo también descargué carbón de los barcos anclados en la Boca del Riachuelo.

Mis hombres saben cómo los encueva aquella fauna prolongada bajo el sol del verano. Eso era trabajar para poder trabajar más; me empujaba como descargador una semana para poder pintar la semana subsiguiente.

En 1918 envía su primer cuadro al Salón Nacional. Luego realiza por su cuenta una exposición de conjunto, y queda incorporado al medio artístico, donde unos le acatan y otros le miran de soslayo. Un año después, efectúa su segunda exposición individual, patrocinada por la señora Inés Dorrego de

Unzué. El mismo fuego interior, algo más disciplinado, caldea los lienzos en que describe siempre igual y siempre diversa, en un puerto animado por el estruendo de su propia actividad. Este elemento dinámico de su obra y la ejecución sumaria que no pocas veces predomina en ella, determinaron el éxito de Quinquela en Río de Janeiro hace dos años. Allí efectuó Quinquela una exposición individual en el Pabellón de Bellas Artes, y alcanzó entonces distinciones muy significativas.

No ayudamos a la presencia del presidente del Brasil al acto inaugural de la mencionada exposición, acto cortés de innegable alcance en lo diplomático; ni tampoco al cuadro adquirido para el Museo Nacional de Río; no. Entendemos indicar un homenaje más elocuente, pues que no lo motiva ningún formalismo, ninguna práctica oficial; nos referimos al cuadro adquirido por el director de la Escuela de Bellas Artes para su galería particular.

—Si todas estas cosas me halagan—dice—es porque ellas satisfacen y a ratos enternecen a mis padres adoptivos. Cuando un hombre puesto ni pío de tal o cual lienzo pudo significar algo, alóptico el de quienes me recogieron y criaron con verdadero amor. En la casa de huérfanos, me llamaba Benito Martín.

Hay firmo mis cuadros. Benito Quinquela Martín. Es mi tributo de gratitud. Al llegar aquí, su voz está como velada por la emoción.

Fot. Cabada.

**M**useo  
**P**ío  
**C**ollivadino



Universidad Nacional de Lomas de Zamora

[www.unlz.edu.ar](http://www.unlz.edu.ar)

**MUSEO PÍO COLLIVADINO**

Medrano 165, Banfield, Buenos Aires, Argentina.

Facebook: @MuseoPioCollivadino Instagram: @museopiocollivadino



Ejemplar de distribución gratuita